

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

Me gustaba  
hablar con  
mi amigo el  
banquero por lo mis-

## CONVERSACION CON MI AMIGO EL BANQUERO

Mi amigo banquero,  
que vive en la al-  
mendra y centro del  
mundo económico,

mo de que no entendía casi nada de lo que me decía. El decía que así debía de ser. Hay materias de las que es peligroso que el vulgo entienda. Así, la Medicina. Es preciso que el médico entienda mucho de enfermos; pero no conviene que los enfermos entiendan mucho de medicina. Este saber—que siempre es medio saber—se resuelve en una gigantesca aprensión casi supersticiosa. El enfermo le dicta al médico sus recetas; pide medicinas como pide en el estanco el tabaco que le gusta; casi siempre, cuando el médico llega, se ha puesto ya él, por su propia iniciativa, la penicilina. Los específicos van acompañados de unos papeletos semicientíficos tan incitantes que han difundido una vaga ilustración médica. La gente toma sedantes como se hace socialista o va al circo o se apunta en una peregrinación: a fuerza de octavillas. De aquí el renacido prestigio de los curanderos. Son los únicos que conservan algo de sorpresa y milagro. El enfermo se sabe ya de memoria los antibióticos y las aspirinas. Y agradece que aquel tipo le recete un poco de tierra mezclada con sangre de ratón.

Algo de eso está pasando—según mi amigo banquero—con las finanzas. Se medio entiende demasiado de ellas. Hay palabras—como la inflación, la estabilización o la liberalización—que tienen el curso fácil e indocumentado de la aspitsemia o el sarcoma. Hay aprensiones generales y colectivas, como en las epidemias. Cada uno se receta sus penicilinas. Se pasa por momentos en que hasta parece de mal tono no estar asustado.

Más que el dinero falta la confianza. El dinero tiene la sospecha, no, del todo infundada, de que, en definitiva, todos van por él, y cuando le dicen acariciantes: “ven aquí, que te doy un plazo de perdón, de exención de impuestos” lo que sea, lo primero que se le ocurre es: “no voy, por si acaso”. Todos saben ya demasiado, y el dinero ha adquirido psicología de mujer guapa que, úsese el tono que se use, sospecha lo que quiere todo el que se le acerca. Para mi amigo el banquero, falta esa entrega confiada que es la base del mundo económico. El tono perfecto de relación entre el cliente y el financiero es el del patrón y la secretaria. La secretaria ha de ser una entrega silenciosa y fiduciaria medio enamorada del patrón. El crédito en su palabra ha de ser ilimitado. Cuando el patrón se pasea dictando, la secretaria ha de estar en éxtasis dispuesta a no entender nada de las palabras que en el éxtasis oye. Cuando oye “transparencia” en vez de

“transferencia”, lo útil es que lo escriba así con la fe de un novicio inocente: “¡Cuando el patrón lo dice!” Mi amigo, cuando toma secretaria nueva, suele, como prueba, dictar, en su primera carta, que giren tantas pesetas a la “cuenta corriente de don Pedro el Cruel”. Cuando la secretaria escribe esto, sin pestañear, la da por útil.

Pero ya va habiendo poca gente que conserve su fe de carbonero en la cuenta corriente de don Pedro el Cruel. El mundo va perdiendo su entrega estática de secretaria rubia. Retira su crédito como se lo retiran a él. Y esto, según mi amigo, proviene de que falla en el mundo de las finanzas la pieza maestra—la ética—que sostenía todo su equilibrio. No suele tenerse idea bien clara de que el capitalismo, tan vituperado de ordinario, fué originariamente una forma de moral. Fué hijo directo del puritanismo sajón. La tabla de consejos que redactó Frankiin para el hombre de negocios es casi una redición, ligeramente más circunstanciada, del catecismo de Ripalda. Las ventanillas de los primeros Bancos de tipo capitalista, purificadores de picardías florentinas, tenían sustancia casi de confesonario. En ellos se consumaban actos morales. Y el “pagaré” y la firma no eran sino realizaciones formalistas y puritanas de las viejas actitudes caballerescas de la promesa, la palabra y el juramento.

Pero toda esta especie de sistema planetario donde el “honor” realizaba funciones de gravitación está empezando a resquebrajarse y a entrar en un mundo de relatividad. Era un mundo peligroso e inestable, por lajco y falta de trascendencia, y estaba a merced de la cuantía de la tentación. Era casto como lo es un hombre frente a una mujer fea; y está revisando sus actitudes porque, de pronto, la química del tocador está haciendo bellas y jóvenes todas las mujeres.

sabe de la caída en picado de muchos gestos enfáticos de ayes. La novela picaresca empieza a hacerse con protagonistas de los libros de caballería. Guzmán de Alfarache le enseña trucos a Amadís. Y Pedro Crespo regaletea con el capitán violador una moderada indemnización... ¿Por qué? Porque ese mundillo capitalista y financiero era una construcción de exterioridades y papeles. Imitaba al mundo caballeresco, pero no tenía su sustancia. Le “protestan” muchas letras porque de pronto el papel ha adquirido conciencia de su fragilidad. Ha perdido su solemnidad temerosa. El cliente ha sospechado que una letra protestada es como “un toro protestado”. Cinco minutos de escándalo, y sigue la corrida.

Mi amigo banquero, que, como buen financiero a la americana, cumplía su obligación de “haberse hecho a sí mismo”, me contaba cómo en sus principios vió plásticamente la valoración económica que tiene el honor puritano del negocio. Iba él todas las mañanas a misa. A la salida había un hombre que vendía periódicos. Generalmente, cuando él salía, se había retirado a un bar cercano a tomar café. Dejaba sus diarios, solos, en grandes montones, y los fieles que salían del templo arrojaban una moneda—dos reales ayer una peseta luego; una cincuenta más tarde—sobre el montón de diarios y se llevaban el que preferían.

Hasta que una mañana vió que había un montón nuevo. Había salido una revista flamante, de costosa presentación: papel “cuché”, colores, señoritas rubias, paisajes nórdicos. Costaba doce pesetas. Mi amigo vivía entonces una vida estrecha y miserable. No pudo aquella mañana oír misa con tranquilidad. ¿Y si él se llevara al salir la preciosa revista? No disponía de las doce pesetas. El vendedor, cuando él saliera, se habría ido a tomar café. Empezaba a fabricarse pequeñas teorías socialistas para justificar su planeado ladrocinio.

Pero cuando salió, vió que el vendedor estaba aquella mañana, apoyado sobre el solcito de la pared, en medio de su mercancía, bebiendo su taza de café con churros que se había hecho traer del bar de la esquina. Mi amigo compró su diario. Y divagó con el comprador. ¿Por qué desayunaba hoy al aire libre? ¿No se le enfriaba el café?... Pero el vendedor guiñó cautamente hacia la provocativa revista nueva, tentadora como una muchacha con sus colorines y su suavidad satinada, y sentenció:

—¿Sabe usted?... La moral está a doce pesetas.

José María PEMAN